



Balzac

LA COMEDIA HUMANA

Una hija de Eva

El mensaje

La Granadière

La mujer abandonada

Honorina

Gobseck



TOMO IV

“La inmensidad de un plan que abraza a la vez la historia y la crítica de la Sociedad, el análisis de sus males y la discusión de sus principios, me autoriza, creo yo, a dar a mi obra el título con el que aparece hoy: *La Comedia Humana*”.

Balzac

TOMO IV

ESTE TOMO CONTIENE LAS SIGUIENTES OBRAS

Una hija de Eva
Une fille d'Ève, 1835

El mensaje
Le Message, 1832

La Grenadière
La Grenadière, 1833

La mujer abandonada
La femme abandonnée, 1834

Honorina
Honorine, 1845

Gobseck
Gobseck, 1830

UNA HIJA DE EVA



UNA HIJA DE EVA

A MADAME VIMERCATI,
CONDESA DE BOLOGNINI

Si os acordáis, señora, del placer que vuestra conversación proporcionó a un viajero al recordarle París en Milán, no os sorprenderá que os demuestre su reconocimiento por tantas veladas agradables pasadas a vuestro lado, poniendo una de sus obras a vuestros pies y rogándoos que la protegáis con vuestro nombre, del mismo modo como antaño ese nombre protegió numerosos cuentos de uno de vuestros viejos autores, muy querido de los milaneses. Tenéis una Eugenia, ya hermosa, cuya sonrisa inteligente revela que heredará de vos los dones más preciosos de la mujer, y que ciertamente gozará en su infancia de toda la dicha que una triste madre negó a la Eugenia que aparece en esta obra. Como veis, si a los franceses se nos tacha de ligeros y olvidadizos, yo soy italiano por la constancia y por el recuerdo. Al escribir el nombre de Eugenia he vuelto muchas veces con el pensamiento a aquel fresco salón de estuco y a aquel jardincito del *vicolo dei Capuccini*, que fueron testigos de las risas de esta querida niña, de nuestras riñas, de nuestros relatos. Habéis dejado el *Corso* para ir a los *Tre Monasteri*, donde no sé cómo estaréis y donde me veo obligado a imaginaros, no en medio de las bellas cosas que sin duda os rodean, sino como una de esas hermosas figuras de Carlo Dolci, Rafael, Ticiano, Allori, y que parecen abstraídas, tan lejanas las vemos de nosotros.

Si este libro puede saltar por encima de los Alpes, conseguirá demostraros el vivo reconocimiento y la amistad respetuosa.

De vuestro humilde servidor,

DE BALZAC.

En una de las más bellas mansiones de la rue Neuvedes-Mathuryns, a las once y media de la noche, dos mujeres estaban sentadas ante la chimenea de un tocador con las paredes cubiertas de ese terciopelo azul de reflejos tiernos y tornasolados que la industria francesa sólo ha aprendido a fabricar en los últimos años. Uno de esos tapiceros que son unos verdaderos artistas, había adornado las puertas y las ventanas con suaves cortinajes de casimir de un azul parecido al que cubría las paredes. Una lámpara de plata, decorada con turquesas y suspendida por tres cadenas bellamente trabajadas, desciende de un lindo rosetón colocado en el centro del techo. El estilo de la decoración se encuentra hasta en los menores detalles e incluso en este techo de seda azul, constelado de casimir blanco, cuyas largas bandas plisadas caen a distancias iguales sobre el revestimiento de las paredes, sujetas por nudos de perlas. Los pies se hunden en el cálido tejido de una alfombra belga, mullida como el césped y con fondo gris de lino, sembrado de ramilletes azules. El mobiliario, tallado en madera de palisandro, según los más bellos modelos de la antigüedad, subraya con sus ricas tonalidades lo descolorido del conjunto, excesivamente *borroso*, como diría un pintor. El respaldo de las sillas y las butacas ofrece a la vista menudas páginas de bella tela de seda blanca, con flores azules entretrejidas y ampliamente encuadradas por follajes finamente tallados en la madera. A ambos lados de la ventana, dos vitrinas exhiben sus mil bagatelas preciosas, la flor de las artes mecánicas abierta bajo el fuego del pensamiento. Sobre la chimenea de mármol veteado de blanco, las más alocadas porcelanas de la vieja Sajonia, esos pastorcillos que van a unas bodas eternas con delicados ramilletes en las

manos y que son una especie de chinería alemana, rodean un reloj de péndulo de platino, nielado con arabescos. Encima brilla un espejo de Venecia, de bordes biselados y encuadrado por un marco de ébano recargado de figuras en relieve y procedente de alguna antigua residencia real. Dos jardineras desplegadas a continuación el lujo enfermizo de los invernáculos, flores pálidas y divinas, las perlas de la botánica.

En aquel tocador frío, ordenado, pulcro como si estuviese en venta, no hubieseis encontrado ese desorden pícaro y caprichoso que revela la felicidad. Todo armonizaba entonces allí, pues las dos mujeres estaban llorando. Todo parecía sufrir. El nombre del propietario, Fernando du Tillet, uno de los más ricos banqueros de París, justifica el lujo desenfrenado que adornaba aquella mansión y al que este tocador puede servir de programa. Pese a ser un hombre sin familia, un advenedizo, du Tillet se casó en 1831, Dios sabe cómo, con la hija menor del conde de Granville, uno de los nombres más célebres de la Magistratura francesa, nombrado par de Francia después de la revolución de julio. Aquel matrimonio de conveniencia fue una verdadera venta, pues en el contrato se reconoció la existencia de una dote intacta, tan considerable como la de su hermana mayor, casada con el conde Félix de Vandenesse. Por su parte, los Granville obtuvieron esta alianza con los Vandenesse gracias a la enormidad de la dote. Así, la Banca reparó el entuerto hecho a la Magistratura por la Nobleza. Si el conde de Vandenesse hubiese podido verse convertido, al cabo de tres años, en cuñado de un tal *monsieur* Ferdinand, llamado du Tillet, sin duda que no se hubiera casado con su mujer, pero... ¿quién hubiera podido prever, a finales de 1828, las extrañas alteraciones que 1830 debía aportar al orden político, a las fortunas y a la moral de Francia? Hubiera pasado por loco quien le hubiese dicho al conde Félix de Vandenesse que en aquella zarabanda perdería su corona de par y que ésta iría a parar a la cabeza de su suegro.

Sentada en una de esas sillas bajas que se colocan junto a la chimenea, recogida y atenta, madame du Tillet estrechaba contra su pecho con ternura maternal, besándola de vez en cuando, la mano de su hermana, madame Félix de Vandenesse. En sociedad había costumbre de añadir al nombre de familia el nombre de pila para distinguir a la condesa de su cuñada la marquesa, esposa del ex embajador Charles de Vandenesse, que se había casado con la rica viuda del conde de Kergarouët, una señorita de Fontaine. Medio tumbada sobre un diván, con un pañuelo en la otra mano, la respiración entrecortada por sollozos contenidos y con los ojos arrasados en llanto, la condesa acababa de hacer esas confidencias que sólo se hacen de hermana a hermana, cuando dos hermanas se aman; y aquellas dos se amaban con ternura. Vivimos en unos tiempos en que es tan posible que dos hermanas que han contraído matrimonios tan dispares no se quieran, que el historiador tiene la obligación de referir las causas de esta ternura, mantenida sin dificultades ni manchas frente al desdén mutuo de sus maridos y a las desuniones sociales. Una rápida ojeada a su infancia bastará para explicar su situación respectiva.

Educadas en una sombría mansión del Marais por una mujer devota y de inteligencia estrecha que, *imbuida de sus deberes* (la frase clásica), cumplió la tarea primordial de una madre hacia sus hijas, María-Angélica y María-Eugenia llegaron a la edad de contraer matrimonio, la primera a los veinte años y la segunda a los diecisiete, sin haber salido jamás de la zona doméstica dominada por la mirada materna. Hasta entonces no fueron a ningún espectáculo; las iglesias de París habían sido sus teatros. Su educación fue, en fin, tan rigurosa en la mansión materna como hubiera podido serlo en un claustro. Desde que tenían uso de razón se acostaron juntas en una habitación contigua a la de la condesa de Granville y cuya puerta permanecía abierta durante la noche. El tiempo que no les ocupaba el cuidado de su persona, sus deberes religiosos o los estudios indispen-

sables para unas señoritas bien educadas y de buena familia, lo pasaban haciendo labores para los pobres y dando paseos como esos que se permiten los ingleses los domingos, cuando dicen: "No vayamos tan deprisa, parecería que nos divertimos". Su instrucción no sobrepasó los límites impuestos por unos confesores escogidos entre los eclesiásticos menos tolerantes y más jansenistas. No hubo jamás doncellas entregadas a sus maridos más puras ni más vírgenes: su madre parecía haber considerado este punto, bastante esencial, desde luego, como la realización de todos sus deberes para con el cielo y los hombres. Aquellas dos pobres criaturas no leyeron ninguna novela antes de casarse y solamente habían dibujado unas figuras cuya anatomía hubiera parecido la obra maestra de lo imposible a Cuvier, grabadas de una manera que hubiese afeminado al propio Hércules Farnesio. Una vieja solterona les dio clases de dibujo. Un respetable sacerdote les enseñó la gramática, la lengua francesa, la historia, la geografía y la poca aritmética que necesitan saber las mujeres. Sus lecturas, escogidas en los libros autorizados, como las *Cartas edificantes* y las *Lecciones de Literatura*, de Noel, se hacían por las noches, en voz alta, en presencia del director espiritual de su madre, pues podían surgir pasajes que, sin prudentes comentarios, hubieran despertado su imaginación. El *Telémaco* de Fenelon se consideró peligroso. La condesa de Granville amaba lo bastante a sus hijas para querer convertirlas en unos ángeles como Marie Alacoque, pero sus hijas hubieran preferido una madre menos virtuosa y más amable.

Esta educación dio sus frutos. Impuesta como un yugo y presentada bajo formas austeras, la religión cansó con sus prácticas a aquellos corazones jóvenes e inocentes, tratados como si fuesen criminales; comprimió sus sentimientos y, aunque echó profundas raíces en ellos, no se hizo de amar. Las dos Marías sólo podían convertirse en unos seres idiotizados o anhelar su independencia; por eso desearon casarse tan pronto como pudieron entrever el mundo y

comparar algunas ideas; pero ignoraban sus gracias conmovedoras y su valor. ¿Cómo podían conocer la vida si ignoraban su propio candor? Sin armas contra la desdicha y sin experiencia para apreciar la felicidad, sólo encontraron consuelo en ellas mismas en el fondo de aquella mazmorra maternal. Las dulces confidencias que por la noche se hacían en voz baja, o las frases breves que cambiaban cuando su madre las dejaba un momento, contenían a veces más ideas que las que podían expresar sus palabras. Con harta frecuencia, una mirada furtiva por la que se comunicaban sus emociones fue como un poema de amarga melancolía. La vista del cielo sin nubes, el perfume de las flores o los paseos por el jardín, cogidas del brazo, les deparaban placeres inauditos. La terminación de un bordado era causa de inocentes alegrías. La compañía de su madre, en vez de ofrecer recursos a su corazón o de estimular su ingenio, únicamente ensombrecía sus ideas y contristaba sus sentimientos; pues aquella señora se rodeaba de viejas erguidas, reseca, sin gracia, cuya conversación giraba en torno a las diferencias que distinguían a los distintos predicadores o directores espirituales, sobre sus pequeñas indisposiciones o los acontecimientos religiosos que pasaban más imperceptibles para *La Cotidiana* o *El Amigo de la Religión*. En cuanto a los hombres, hubieran apagado la antorcha del amor, hasta tal punto era su semblante frío y tristemente resignado; todos tenían esa edad en que los hombres adquieren un carácter avinagrado y melancólico, en que su sensibilidad sólo se manifiesta a la mesa y únicamente ante las cosas que se refieren a su bienestar. El egoísmo religioso había agostado aquellos corazones consagrados al deber y parapetados tras de la liturgia. Pasaban toda la velda ocupados en silenciosas partidas de juego. Las dos niñas, proscritas en cierto modo de aquel sanedrín que mantenía la severidad maternal, se sorprendían al comprobar que odiaban a los lamentables personajes de ojos hundidos y rostros fruncidos y ceñudos. En las tinieblas de aque-

lla vida se destacó vigorosamente una sola figura de hombre: la de un maestro de música. Los confesores decidieron que la música era un arte cristiano, nacido en la Iglesia Católica y por ella desarrollado. Por lo tanto, se permitió que las dos niñas tomaran lecciones de música. Una señorita con antiparras, que enseñaba solfeo y piano en un convento vecino, las abrumó de ejercicios. Pero cuando su hija mayor cumplió diez años, el conde de Granville demostró la necesidad de ponerle un profesor. Madame de Granville atribuyó todo el valor de una obediencia conyugal a esta concesión necesaria: es propio de las devotas convertir en un mérito el deber cumplido.

El maestro de música era un alemán católico, uno de esos hombres que han nacido viejos y siempre tendrán cincuenta años, incluso cuando hayan cumplido los ochenta. Su rostro chupado, arrugado y moreno conservaba algo de infantil e ingenuo en la negrura de su tez. El azul de la inocencia animaba sus ojos y la alegre sonrisa de la primavera habitaba en sus labios. Sus viejos cabellos grises, dispuestos naturalmente como los de Jesucristo, añadían a su aire extático un no sé qué de solemne que resultaba engañoso al juzgar su carácter: hubiera hecho una tontería con la más ejemplar gravedad. Sus ropas eran una envoltura necesaria, a la que no prestaba ninguna atención, pues tenía la mirada demasiado perdida en las nubes para que los aspectos materiales de la existencia le importasen. Este gran artista ignorado pertenecía a la amable clase de los olvidadizos que entregan su tiempo y su alma a sus semejantes del mismo modo que se dejan los guantes sobre todas las mesas y el paraguas en todas las puertas. Sus manos eran de esas que permanecen sucias por más que se laven. En una palabra, su viejo cuerpo, mal encajado sobre sus viejas piernas nudosas y que demostraba hasta qué punto el hombre puede convertirse en accesorio de su alma, pertenecía a esas extrañas creaciones que sólo han sido bien descritas por un alemán, Hoffmann, el poeta de lo que parece que no pue-

de existir y, sin embargo, existe. Así era Schmuke, antiguo maestro de capilla del margrave de Anspach, un sabio que compareció ante un consejo de devoción y a quien preguntaron si respetaba los días de ayuno. El músico sintió deseos de responder: "¡Miradme!"; pero no es prudente bromear con beatas y directores espirituales jansenistas. Aquel viejo apócrifo ocupó un lugar tan destacado en la vida de las dos Marías y ellas experimentaron tanta amistad hacia aquel cándido gran artista que se contentaba con comprender el arte, que después de su matrimonio cada una de ellas le pasó trescientos francos de renta vitalicia, suma que bastaba para su alojamiento, su cerveza, su pipa y sus ropas. Con seiscientos francos de renta y sus lecciones vivió en un Paraíso. Schmuke no tuvo el valor de confiar a nadie su miseria y sus anhelos; únicamente lo hizo a aquellas dos adorables jovencitas, a aquellos corazones que florecieron bajo la nieve de los rigores maternos y bajo el hielo de la devoción. Esto basta para explicar totalmente a Schmuke y la infancia de las dos Marías. Luego nadie supo qué abate o qué vieja beata había descubierto a aquel alemán errante por París.

Así que las madres de familia supieron que la condesa de Granville había encontrado un maestro de música para sus hijas, todos pidieron su nombre y dirección. Schmuke tuvo treinta casas en el Marais. Su éxito tardío se manifestó bajo la forma de unos zapatos con hebillas de acero bronceado, forradas con plantillas de crin, y por una ropa interior que podía mudarse con más frecuencia. Su alegría de hombre ingenuo, largamente comprimida por una noble y decente miseria, reapareció. Dejó escapar frasecitas ingeniosas como la siguiente: "Señoritas, los gatos se han comido esta noche el barro de París", cuando, durante la noche, la escarcha había endurecido las calles, fangosas la víspera; pero las decía con un acento alemán atroz: "*¡Señoguitas, los gatos se han comido esta noche el bago de Paguís!*". Satisfecho de aportar a aquellos dos ángeles esta especie

de *Vergiss mein Nicht*, elegido entre las flores de su espíritu, adoptaba, al ofrecerlo, un aire fino y espiritual que desarmaba todas las burlas. Le causaba tal alegría hacer brotar la risa en los labios de sus dos alumnas, cuya desdichada vida había adivinado, que se hubiera vuelto ridículo expresamente si no lo fuese ya por naturaleza; pero su corazón hacía que pareciesen nuevas las vulgaridades más vulgares; según una bella expresión del malogrado Saint-Martin, hubiera dorado el fango con su celeste sonrisa. En cumplimiento de uno de los más nobles principios de la educación religiosa, las dos Marías acompañaban respetuosamente a su maestro hasta la puerta del piso. Una vez allí, las dos pobrecillas le decían unas cuantas frases dulces, contentas por hacer feliz a aquel santo varón; sólo ante él podían mostrarse mujeres, de modo que hasta su matrimonio la música se convirtió para ellas en otra vida dentro de la vida, lo mismo que el campesino ruso, según dicen, toma sus sueños por realidad y su vida por un mal sueño. En su deseo de defenderse de las pequeñeces que amenazaban con ahogarlas y de las devoradoras ideas ascéticas, se sumieron en las dificultades del arte musical hasta fatigarse. La melodía, la armonía y la composición, esas tres hijas del cielo cuyo coro estuvo dirigido por aquel viejo fauno católico ebrio de música, las recompensaron de sus sinsabores, y con sus danzas aéreas se convirtieron en su baluarte. Mozart, Beethoven, Haydn, Pasiello, Cimarosa, Hummel y los genios secundarios desarrollaron en ellas mil sentimientos que no rebasaron el casto recinto de sus corazones velados, pero que penetraron en la creación, por la que volaron con alas desplegadas. Cuando ejecutaban algunas piezas procurando alcanzar la perfección, se estrechaban las manos, se abrazaban, presas de vivo éxtasis, y su viejo maestro las llamaba sus Santas Cecílias.

Las dos Marías no fueron a un baile hasta que tuvieron dieciséis años cumplidos y solamente cuatro veces al año, en algunas casas escogidas. Sólo se separaban de las faldas

de su madre cuando ésta les había dado instrucciones acerca de la conducta a seguir con sus parejas, y tan severas eran dichas instrucciones que únicamente podían responder que sí o que no a sus acompañantes. La mirada de la condesa no se separaba ni un momento de sus hijas y parecía adivinar las palabras por el simple movimiento de los labios. Las pobres niñas lucían unos trajes de baile irreprochables, vestidos de muselina que las tapaban hasta el mentón, con infinidad de adornos de tul excesivamente recargados, y mangas largas. Al mantener sus encantos comprimidos y su belleza velada, aquel atavío les daba cierto parecido con las momias egipcias, con la diferencia de que entre aquellos dos bloques de algodón surgían dos rostros de una deliciosa melancolía. Las jovencitas rabiaban al verse objeto de una dulce compasión. ¿Cuál es la mujer, por cándida que sea, que no desee causar envidia? Así, pues, ninguna idea peligrosa, malsana ni tan sólo equívoca enturbió la pulpa blanca de su cerebro; sus corazones eran puros y sus manos, horriblemente coloradas, reventaban de salud. Eva no salió más inocente de las manos de Dios que aquellas dos niñas de la casa materna para ir a la sacristía y a la iglesia, con la sencilla pero temible recomendación de obedecer en todo a los hombres junto a los cuales debían dormir o pasar la noche en vela. Mas a ellas les parecía que no podrían encontrarse peor en la casa extraña adonde las deportaban que en el convento maternal. ¿Por qué el padre de estas dos niñas, el conde de Granville, aquel gran magistrado, sabio e íntegro, aunque a veces se dejase arrastrar por la política, no protegía a las dos criaturitas contra tan aplastante despotismo? ¡Ay, por una memorable transacción, a la que se llegó después de diez años de matrimonio, los esposos vivían separados en su propia casa! El padre se reservó la educación de sus hijos, dejando a su mujer la educación de las hijas. Vio mucho menos peligro para unas hembras que para unos varones en la aplicación de aquel sistema opresor. Las dos Marías, destinadas a so-

portar siempre la tiranía, fuese la del amor materno o la del matrimonio, perdían con ello menos que si hubiesen sido muchachos, pues la inteligencia de éstos debía permanecer libre para que sus cualidades no se deteriorasen bajo la compresión violenta de las ideas religiosas llevadas hasta el último extremo.

De cuatro víctimas, el conde salvó a dos. La condesa consideraba demasiado mal educados a sus dos hijos, el uno destinado a la magistratura estable y el otro a la magistratura amovible, para permitirles la menor intimidad con sus hermanas. Las comunicaciones entre aquellas pobres criaturas estaban severamente vigiladas. Además, cuando el conde sacaba a sus hijos del colegio, se guardaba muy bien de tenerlos en casa. Los dos muchachos iban sólo a almorzar con su madre y sus hermanas y después el magistrado los llevaba a que se divirtiesen fuera de casa: al restaurante, al teatro, a visitar museos, al campo durante la temporada estival; estos eran sus placeres. Con la sola excepción de los días solemnes en la vida de familia, como el santo de la condesa o el del padre, los días primeros de año y los de distribución de premios, en que los dos mozalbetes comían y dormían en la casa paterna, muy embarazados, sin atreverse a abrazar a sus hermanas, vigiladas por la condesa, que no los dejaba juntos ni un momento, las dos pobres niñas vieron tan raramente a sus hermanos que no pudo existir ningún lazo entre ellos. Aquellos días se escuchaban constantemente las preguntas de "¿Dónde está Angélica?". "¿Qué hace Eugenia?". "¿Dónde están mis niñas?". Cuando se trataba de sus dos hijos, la condesa alzaba al cielo sus ojos fríos y macerados, como para pedir perdón a Dios por no haberlos arrancado de la impiedad. Sus exclamaciones, sus reticencias al hablar de ellos, equivalían a los más lamentables versículos de Jeremías y engañaban a las dos hermanas, que consideraban a sus hermanos como unos seres pervertidos, perdidos sin remedio.